

CLUB DE
LECTURA Y
ESCRITURA
2020 - DÍAS
MARTES Y
MIÉRCOLES -
Antología (Poesía
y narrativa)

CLUB DE LECTURA Y ESCRITURA 2020 - DÍAS
MARTES Y MIÉRCOLES - Antología (Poesía y
narrativa) / Berardi, Luciana ; Cascallares, Miriel ;
Cortez, Marina ; Cuesta, Camila ; Frican Rañinqueo ;
Keifman, Muriel ; Labos, Elsa ; Lencina, Ariadna /
Coordinación, compilación y prólogo por Baggini,
Federico / Reseña de contratapa por Woolf,
Virginia / Arte de tapa por Lujan, Gaby / Diseño
de tapa por Mayora, Pablo
1a ed. - Provincia de Buenos Aires : 2020. 92p. :
il. Im. ; 18x12 cm.

1. Cuento. CDD 863
2. Poesía. CDD 861

Datos de contacto:

Federico Baggini: fedebaggini@hotmail.com

Pablo E. Mayora: @PabloEzequielMayora

Gaby Lujan: @lujangel

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

2020 / Construcción colectiva

CLUB DE
LECTURA Y
ESCRITURA
2020 - DÍAS
MARTES Y
MIÉRCOLES -
Antología (Poesía
y narrativa)

Agradecimientos

A quienes
dediquen
su cuerpo
y declinación
a la lectura
de este
horizonte
que hemos
dado en
llamar
Antología.

Prólogo

Versatilidad y diversidad

En términos fundamentales, la articulación de estos dos principios delimita el marco de todo pensamiento que pretenda afirmarse como crítica. Solo al apoyarse uno en otro, el principio de *versatilidad* y el de la *diversidad* forjan y mantienen su capacidad de ruptura con la ortodoxia y con toda forma de lo pensado o lo impensado ligados al orden establecido.

Referirse al principio de la *versatilidad* equivale a querer asignarse la tarea de describir o, mejor, sacar a la luz, los mecanismos –más o menos antiguos, más o menos profundos, más o menos estratificados, más o menos ocultos– que rigen el gesto y la palabra de los artistas, y gobiernan sus prácticas y la percepción que ellos se hacen y dejan ver de estas.

Referirse al principio de la *diversidad* implica rechazar la idea de que algunos marcos de la vida colectiva o individual puedan estar dotados de una necesidad (lógica, política, psíquica, jurídica) tal que se sitúen fuera del alcance de la transformación social y por lo tanto de la acción política.

Así conjugadas, la idea de *versatilidad* –que se refiere de manera general al conjunto de las posibilidades que dan forma al mundo literario en este caso, y pesan sobre los artistas que se mueven en su seno– y la de *diversidad* –que remite a la contingencia histórica de las coacciones,

a pesar de los procesos de desistorización que las han naturalizado casi por completo- constituyen la base de la actividad creativa en cuanto se pretende crítica, y de la escritura política y emancipadora en cuanto debe elaborar una intertextualidad realista del mundo social, preocupado por definir las perspectivas y las posibilidades de la acción política a través de la escritura y lectura, pero también por discernir sus dificultades y sus límites. El abordaje de esta antología se desarrolla como una exploración sistemática del inconsciente social tal como lo estructuran, entre otras cosas, las pertenencias de clase, pero también todas las ligadas a la fuerza a la vez objetiva y performativa de las categorizaciones sobre las cuales se apoya el funcionamiento jerarquizado del mundo social. La psicología de ese inconsciente, constituido por sedimentos depositados con el transcurso de la historia personal de quienes aquí escriben y por tanto colectiva en el cerebro de los individuos, en función de los medios sociales donde se han socializado, o de las identidades que se les han dado como morada de su ser-en-el-mundo, sobre todo en virtud de la nominación insultante y la asignación a categorías estigmatizadas, es uno de los principales medios, uno de los principales recursos de que dispone este ejemplar literario para deshacer las evidencias dóxicas del mundo en que vivimos y la complicidad tácita con que cada uno de nosotros, día tras día, quiéralo o no, se entrega a ellas.

El análisis de los textos aquí reunidos delimita el campo del acto creativo-literario-crítico, si se considera este como el lugar donde se anudan los hilos de un proceder a la vez teórico y político que se asigna como hori-

zonte el ideal de una construcción de carácter radical y que, por consiguiente, aspira a estar siempre abierto y permeable a la llegada del acontecimiento, de lo inédito, atento al porvenir contenido y anunciado lo que se mueve en el presente, a las líneas de fractura que se dibujan en él y, por lo tanto, al presente acorde a la forma y el sentido que ya le confiere el porvenir hacia el que tiende.

Sin embargo, por más contundencia que aquí se le asigne a los textos consignados, este libro está ligado también a las interrogaciones a las que dan origen los esquemas sociales y las afirmaciones políticas siempre en el contexto de un ejercicio de creatividad literaria. Ahora bien, cada uno de esos esquemas, cada una de esas afirmaciones, aparece, se despliega, cambia en función de un ritmo, una temporalidad que le son propios.

Foucault nos exhortaba y exhorta a desconfiar del hegelianismo que recorre la filosofía política y nos incita a percibir el tiempo como si estuviera unificado: es indispensable concebir el tiempo de la literatura (entendida esta como herramienta política) como no homogéneo. En esa heterogeneidad, esa pluralidad, esa multiplicidad, se juegan las resistencias a los mecanismos complejos de la dominación (concepto que tampoco puede ser unificado ni unificante). Y en esas resistencias escritas se inventan las prácticas emancipadoras y se abren las canteras de las nuevas escritura y literatura contemporáneas y, por consiguiente, las de la transformación política y cultural que el arte es capaz de llevar adelante.

En conclusión, y sin mayores preámbulos que los otorgados, esta es una obra que se defenderá por si sola.

Federico L. Baggini

Diciembre 2020

Ariadna Lencina

“El escritor escribe su libro para explicarse a sí mismo
lo que no se puede explicar.”

Gabriel García Márquez

1

La euforia en el cuerpo
una irrespetuosa alegría
lloisquear sonriendo
neurótica parecía,
todo por reconquistarse a sí misma
con una preciosura distinta
agridulce más bien diría.
Junto los anticuerpos necesarios
para dejar de erupcionar.
Ya tenía todo estudiado,
en este mundo funerario
la putrefacción no era su elección,
porque buscaba la refundación
no solo salvar su reputación.

2

Me aleje de tu boca.
No pude mirar tus ojos.
Solo se desnudó el sol
porque nos hicimos una promesa.
Elegimos que todo siga igual.
Pero nos dimos cuenta que había un cambio.
Ya nada sería igual.
Y por eso, me aleje de tu boca.

Me tire en la cama.
Y alejada de la luz,
en una noche lluviosa
mi único recuerdo sos vos.
Pregunto al destino
si nos volveremos a cruzar.
Una parte de mi dice ojala,
la otra parte dice nunca más.

Es amor

Me dijeron que vaya en busca del amor,
que salga al encuentro de aquello
que prometía ser algo maravilloso.
Nunca me enseñaron si debía estar preparada
para ello.
Solo debía ir a buscarlo, como todos.
Todos buscan a quien amar y donde sentirse amados.
Tuve el amor de mi madre,
mi padre y mis amigos,
pero hacía falta algo más.
Tenía que encontrar ese lugar.
Y cuando lo encontrara
no lo tenía que dejar ir más.
Así fue, como me topé con el enamoramiento
junto con flores y chocolates.
Pero también desilusiones,
mentiras, incluso soledad.
Mi camino en busca del amor se estaba intoxicando.
Cuando me di cuenta que estaba yendo
hacia el lado equivocado,
comencé a tomar rumbo al camino correcto,
y así me miré al espejo.
¿Por qué siempre busqué fuera
lo que nunca pude encontrar dentro?
Ese día, encontré muchas cosas.
Ninguna era amor.
Pude ver el miedo a que no me acepten.

La tristeza por no sentirme deseada.
La oscuridad de mi habitación.
Y odio. Al odio lo conocía muy bien.
Recordé haberlo conocido al no cumplir ciertos
mandatos,
lo seguí conociendo cuando no encajaba con los
estereotipos.
El odio emanaba por cada poro de mi piel.
Pero no fue solo hacia afuera,
también se introdujo tanto
que contaminó mi alma.
Encontraba odio por la vida.
Odio por mí misma.
Ahora lo veo todo muy claro.
Cada quien tendrá su historia y su camino.
Pero la búsqueda del amor
debería ser al revés de como la enseñan.
Me vacié de odio y de esos sentimientos negativos.
También recuerdo esos días.
Los recuerdo como el día que comí sin culpa,
el día que perdone haberme maltratado,
el día que empecé a escribir,
y el día que no tuve miedo de ser quien era.
Ese día era yo con mi historia y mi presente.
Y no importaba qué dijeran los demás,
porque yo ya había encontrado
el amor que tanto tiempo había buscado.

Culpa

Que enfermedad tan grande me heredaron
cuesta quitarla, arrancarla, curarla.

Lo he intentado. Siempre fallo.

Su mayor síntoma es un dolor
muy fuerte, en el pecho.

Su síntoma más peligroso
verse vulnerable

cuando sos, quien querés ser.

No lo obtuve sola.

Me la contagiaron.

De las muchas formas que busque quitarla,
solo hay una que ha resultado.

Saber quién soy.

Hacerme cargo, solo, de mis errores.

No escuchar el qué dirán.

Y no mirar hacia atrás.

No es culpa del cuerpo
el deseo sin piedad.

No soy culpable

por no saber abrazar
a mi alma que hoy llora
y no para de gritar.

Camila Cuesta

“Para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento.”

Miguel de Cervantes

1

Un sonido tranquilo,
una misma repetición,
unos días repetitivos en donde no hay otra situación.

La banda tocando en el cielo,
yo viendo ese cielo desde lejos,
una pausa en ese canto,
un brillo de lo alto.

Queriendo ir a lo alto en avión,
pasando por la estación,
mirando cómo se acerca un apagón,
en donde solo quedamos tú y yo.

Un verano diferente,
un momento del presente,
una mirada de repente,
el intercambio de tu mente,
la mía con la tuya,
terminan siendo nuestras,
Esa fuente de calor,
y ese brillo de tus labios.

Bailando a la mañana,
mirando la ventana,
cantando melodías,
pensando en ese día.

Vemos esa lluvia,
Esa lluvia que arruina nuestra tarde,
Nuestra tarde pensada para la playa,
En la playa
que terminó en una cama
donde solo quedamos
los dos.

Los dos abrazados,
desnudos por el día
y con ropa por la noche.

La lucha de nuestros besos,
aquellos que extraño tanto
y me dejan esperando.
Son esos los que adoro
y esos los que lloro.

Tanto anhelo el día en que vuelvan a ser míos.

2

Me estoy destruyendo,
o eso sentía hace un tiempo.
Me sumergía y sentía cada día
algo grande dentro de mí.
Pensaba que era algo normal,
en mi cabeza todos somos así.
Pero lo mío no es como lo de ellos,
tengo una ira muy fuerte,
cuando estoy enojada destruyo cosas.
Pero no lo hago yo,
¿cómo destruiría una pared sin tocarla?
Creo que es imposible,
mi papa murió hace 6 meses
y dijeron que fue un suicidio
pero yo lo estaba mirando y se ahorco.
Pero, ¿cómo podría ahorcar a mi papa con la mirada?
Sí, estaba enojada con él,
pero matarlo es mucho, pienso cada día.
Ahora estoy sola
en el medio de mi cuerpo
y creo que diluvie un incendio,
está muerta toda mi familia
pero estoy viva.
Como es posible,
tengo un atardecer adentro,
tengo miedo, tengo furia.
¿Cómo salgo de mí?

3

Me acuerdo cada paso que caminé con vos.
Me acuerdo cada tarde que pasábamos en el café,
semana tras semana
divirtiéndonos hasta que se hacía tarde.
Me acuerdo que sabían de memoria nuestros gustos,
que se reían con nosotras y nos contaban ese chiste,
ese que no era gracioso pero con vos al lado todo lo era.
Me acuerdo esa tarde que ya no podíamos ir más,
la distancia era tan corta
pero parecía una eternidad
únicamente por no poder caminarla con vos.
Me acuerdo que iba a visitarte,
nos mirábamos, reíamos,
comíamos bombones,
y todo parecía perfecto.
Me acuerdo que deje de ir,
que era un continuo después,
pero después ya se hizo tarde.
Me acuerdo que volví a ir,
que ya no era igual,
no me reconociste,
tuvieron que repetirte en cada visita quién era,
y era angustiante.
Me acuerdo de la ansiedad,
esa que hizo que deje de ir una vez más,
que me carcomía un ojala vuelva a reconocirme,
pero nadie vuelve a hacerlo.
Me acuerdo de excusas tras excusas,

llegó el final y no pude verla más,
quede helada, quede en shock,
y pensé después no hay después.
Me acuerdo de noches llorando,
sufriendo por ese arrepentimiento
que corría por mi sangre,
ese tiempo perdido
y esa persona que no termine aprovechando.
Me acuerdo como buscaba culpables,
de llamar egoísta al tiempo
y de no entender porque lo malo
tenía que pasarme a mí.
Me acuerdo que nadie sabía,
que sentía que tenía que cargarlo sola,
pero al final eso ya era un vacío.
Me acuerdo de peleas,
gritando con mis padres por notas del colegio,
por llevarme materias,
pero era una chica que sola no podía.
Me acuerdo de sentirme insuficiente,
de buscar la atención de la gente,
de fingir, de decir cosas absurdas
por si alguien reconocía eso que tanto gritaba.
Me acuerdo que no sabía cómo sacar
esa rabia y dolor de mi pecho,
pero de cada día luchar contra eso.
Me acuerdo de encontrar una salida,
de salir de ese lugar que llamaba "hogar"
y reconocer otras cosas como mí hogar.
Me impregno de estos recuerdos
que hoy me ayudan a ver quién quiero ser.

4

Esas noches en las que lloraba.
Esas tardes pensando que no los iba a volver a ver.
Esas mañanas que me calmabas con abrazos.
Esas horas que pasaba contando el tiempo.
Me acuerdo lo egoísta que lo gritaba al tiempo.
El sentir que no tenes a nadie.
Como llamaba al insomnio.
Lo que es sentirse perdida
en ese lugar que se llama hogar.
Lo que era mi refugio.
Las heridas.
Las cicatrices.
Sentirme insuficiente.
Tener ese sentimiento del no saber.
Me acuerdo de que vos estabas.
Pero también, que me daba miedo.

5

Cuando desperté la llave estaba ahí.
Me había dormido tanto que no tenía fuerza,
no llegaba a agarrarla, me sentía débil
y sentía que no iba a poder.
Pensé en todo lo que me pasaría si seguía acá:
golpes, abusos, maltrato.
Me daba fuerza pensar en mi familia,
en abrazos, en amor, en cosas que acá no tenía.
Secuestrada quién sabe a cuántos kilómetros de mi
casa,
llorando día y noche en este laberinto sin salida.
Estoy acá hace tanto tiempo que ya no recuerdo esos
días en los que era feliz.
Quería agarrar la llave,
pero me dijo que “una más” y me mata.
Siento miedo, odio, tristeza
y asco a todo lo que me rodea
Me doy asco yo,
que fui tocada por hombres asquerosos,
manoseada y golpeada.
Quiero salir de mi cuerpo y no volver nunca más,
pero no quiero que ese hijo se quede sin mamá.
No sabía cómo decirme a mí misma que podía,
pero se lo dije a cada mujer que a mi lado pasaba.
Quería buscarla, pero, ¿cómo iba a terminar? ¿Saldré o
no saldré?
Estas preguntabas me atormentaban

Me puse de frente y busqué la manera
de salir de este horrible lugar
en donde solo estaba sufriendo.
La llave estaba en mi mano
mientras caminaba lo más rápido posible,
solo caminaba y caminaba.
Me lo choqué, quedé paralizada,
llorando a más no poder.
Me agarró y me encerró.
Ahora si estaba en un calabozo,
en un lugar más horrible que el anterior,
en donde no tenía ni comida ni agua.
Donde solo me abrían la puerta para hacerme daño,
para lastimarme, para hacerme cosas que yo no quería.
Donde me violaban,
y me drogaban,
y me decían que yo me lo merecía porque no valía.
Me quede sin voz por el miedo,
me quede sin aliento,
me dijo que aproveche que era de mis últimas noches.
Se me fueron las esperanzas,
se me fue esa voz que decía que podía,
ya sabía que nunca iba a regresar a mi hogar.
Sabía, también, que no volvería a ver el sol,
que no jamás recibiría amor otra vez,
que todo estaba perdido.
Pasaba las noches pensando
si iba a ser hoy el último día de vida,
el último día de abuso.
Estaba entregada,
solo pedía que después de tanto dolor,

hubiera un mundo mejor.
Esperaba que mis amados no sufran,
que mi familia no tenga que ver en televisión
que encontraron a alguien y que sea yo.
Esta yo que fue asesinada
por ese hombre sin corazón,
que lo único que hizo fue dejarme en perdición.
Que sigan adelante sabiendo cuanto los quise
y esperando que nunca les toque a ellos,
con el anhelo intacto de que nunca los toquen
cuando no lo desean.
Ojalá nunca les peguen ni los maltraten,
porque nadie lo merece.
Entonces esa noche me dormí llorando
y cuando me desperté la llave estaba ahí.

Dolor

Me atrapas
Me haces llorar,
Me lastimas
Me herís y
Me abrés.

Sos malo
Sos bueno
Sos fuerte,
Sos intenso
Sos demasiado y
Sos directo.

Me rompes
Me frenas y
Me pones a prueba,
Me pones mal
Me haces enfrentarte y
Me haces querer matarte.

Me enseñas,
Me haces fuerte y me haces valiente
Me haces capaz y me haces inteligente.
Me das razones pero también opiniones
Me das miedo pero también respeto
Me das mal pero también bien
Me das lluvia y también sol

Me servís de refugio, me servís de arma y me servís de
fuego

Elsa Labos

“Es posible pensar en una escritura trans/trava. Todavía estamos muy encubiertas, como a expectativas de un ataque. Hay muchas que no están decididas a hacer lo que realmente sienten. Se ocupan de sobrevivir y no de vivir. Entonces no se desplazan como se tendrían que desplazar y esto pasa porque para la sociedad hay dos ejemplos de personas y el resto no vale”

Karina Pintarelli

Un paso en falso

El camino sinuoso de la colina nos invitaba a seguir caminando.

Matilda, mi amiga del alma, me ayudaba devotamente a ir subiendo con lentitud, ya que me había caído y la rodilla izquierda me dolía.

— ¿Estás bien, puedes seguir?

— Sí, ¡por supuesto! -le respondí

A poco de andar, una voz aguda de mujer se escuchó pidiendo auxilio. Se oía angustiada y por momentos cortada por el llanto.

Nos detuvimos unos minutos, tratando de localizar de dónde provenía el llamado. Decidimos separarnos de modo tal que sería más fácil encontrarla.

Mi amiga subió a la colina, que era bastante empinada y yo me quedé en la parte llana. Marché con cuidado, en parte por el dolor de mi pierna, pero también alerta para evitar que me sorprendiera algo inesperado.

Presté mucha atención a los ruidos del balanceo de los arbustos, movidos por la brisa de la mañana.

— ¿Dónde estás? ¡Quiero ayudarte! -le grité a la desconocida

— ¡Danos una señal para encontrarte!

No hubo respuesta. Matilda, desde arriba de la colina me hizo un gesto con la mano que indicaba silencio.

“Encontró algo”, pensé. Me sorprendió la señal inusual porque al mismo tiempo, con la otra mano, me indicaba que me apurara. Este hecho me resultó por demás intrigante. Subí con dificultad el terreno rocoso y árido de la colina y la encontré de inmediato.

Me miró con ojos azorados señalándome con el índice de su mano a una joven semidesnuda, tirada en un rincón de la tierra reseca de la colina. Estaba lastimada, la sangre le corría por las piernas desnudas. Su vestido hecho girones, su cara aterrada, sus ojos abiertos como lucernas brillantes, nos miraba sorprendida ante nuestra presencia. Sospecho que no podía creer que alguien por fin la escuchara.

Nos acercamos, y sin pensar un minuto, la abrazamos delicadamente. Débil y desvalida, no dejaba de llorar. Sus ojos desconfiados miraban alrededor temiendo que apareciera alguien sorpresivamente. La sospecha nos invadió a las tres, nos observamos mutuamente de reojo. El clima era tenso, la joven guardaba un silencio extraño. Estaba claro que temía que alguien rondara por los alrededores.

De repente, el sonido de una rama quebrada se escuchó cortando el silencio en que estábamos sumergidas. Fue un alerta, supusimos la presencia de alguien y el miedo se tornó aterrador.

María, la joven, apenas si podía sostenerse en pie, y menos que menos, dar algunos pasos, así es que entre Matilda y yo la arrastramos hasta escondernos detrás de unos matorrales que encontramos a pocos pasos.

En ese momento, asustadas, pactamos guardar silencio.

Atizando el oído, escuchamos voces y risas ruidosas que surgían de lejos. María, se abrazó a nosotras con desesperación. Con coraje, apenas recuperada su voz, nos confesó el motivo de su terror:

—Eran tres muchachones robustos, me encontraron mientras recorría la colina. Uno de ellos se acercó, me acorraló entre las rocas tomándome con fuerza por la cintura, profiriendo palabras obscenas. “¡Puta, ramera!”, me mordía y tocaba todo el cuerpo hasta hacerme sangrar.

“Me ultrajaron y me violaron”, repetía María una y otra vez, tratando de no creer lo que estaba confesando. Matilda y yo la sentíamos temblar. Con voz apenas audible, relató lo que le había sucedido. Su emoción no la dejaba respirar. De tanto en tanto, exhalaba un suspiro interminable. Nos daba la sensación de que se quedaría sin aire, retenida en un sollozo.

Las dos muertas de miedo, temerosas que nos encontraran, pero sin dejar de interrogarnos por lo sucedido, queríamos seguir escuchando el relato entrecortado de María. A esa altura, mi rodilla izquierda se había hinchado desmesuradamente. Se convirtió en una especie de bola rosada que me hacía gritar de dolor, no podía moverla, así que me quedé quieta sentada, no sin esfuerzo, en el suelo rocoso.

María siguió su relato con voz baja e intermitente. Nos contó que el hombre la tomó de la cintura, la apretó contra él, estrujándole los senos con violencia, hasta hacerla gritar de dolor.

Desesperada, impotente para alejarlo, daba manotazos para sacárselo de encima. Se resistía tanto como podía, asqueada del olor a sudor que emanaba y del vehemente manoseo, tomó coraje y sorprendida de su propia valentía, alcanzó a darle una patada en los genitales que, sin más, lo hizo doblarse de dolor.

— ¡Putas de mierda! -le gritó lleno de brutalidad.

Luego, impotente ante la resistencia de María, le golpeó la cara con fuerza, y la amenazó con matarla. María quedó exhausta en el piso. Confundida, paró de hablar y confesó que después de eso, no se acuerda de nada más. Supone que se quedó inconsciente.

A esta altura se escuchaban las voces cada vez más cerca, las risotadas de los extraños retumbaban entre las rocas.

Yo, con mi rodilla hinchada como una bola de fuego, María desangrándose y Matilda, la única que quedaba en pie, estábamos aterradas y nos mirábamos en esa colina, ahora detestable.

Parecía una escena que solo en sueños podíamos imaginarla. Pero desgraciadamente, era real, tan real que casi no creíamos que ciertamente nos estuviera ocurriendo. Transcurrieron unos minutos, la amenaza estaba presente en cada movimiento, cada gesto, cada ruido. La falta de memoria de María nos preocupó, no podíamos comprender que había pasado. Era tal el impacto que nos produjo verla así, desangrándose y ausente que llegamos a pensar que los tres hombres, además de violarla, la querían matar.

— ¿María no puedes recordar lo que te hicieron, porque estas tan lastimada?

— No sé, no sé -respondió.

Su silencio dejaba entrever que algo más había pasado, algo que no se atrevía a confesar. Decidimos no forzarla, se recostó tiernamente en nuestros brazos, y se quedó quieta. Las carcajadas, cada vez más fuertes, se escuchaban próximas. Nos acurrucamos en el matorral y esperamos ansiosas que no nos descubrieran. Los vimos llegar uno a uno. Eran tres hombres, robustos, bien vestidos, no aparentaban ser brutales. Se reían de chistes malos que se decían entre ellos. Siempre con referencia a la cobardía de las mujeres. También de los cuerpos con senos grandes y voluptuosos que los excitaban. El interés por el agujero de la vagina, para ellos, “el bosque negro y tenebroso de las mujeres”, les resultaba misterioso y a la vez fascinante. Hasta tan lejos llegaban sus fantasías, que lo asimilaban a una “boca negra, grande y dentada”. En realidad, pensamos, ese era el motivo por el cual preferían que las mujeres les chuparan el miembro.

Se detuvieron justo frente a nosotras sin notar nuestra presencia. Se sentaron, destaparon las cervezas que trajeron y comenzaron a beber y gritar estrepitosamente. Uno de ellos, se paró, se desprendió el pantalón y corrió la cremallera, sacó su pene y empezó a mear justo en los matorrales donde nos encontrábamos, luego intentó medir la distancia que alcanzaba el chorro de su orín, y orgulloso de lo que consiguió, gritó:

— ¡Soy lo más! ¡Macho hasta el final!

Corrió riéndose a carcajadas, mostrando al viento su pene erecto. Los otros dos, ya ebrios de tanto tomar cerveza, se levantaron tambaleándose y se dirigieron hacia el matorral donde estábamos escondidas. Nos vieron, nos empujaron brutalmente hacia ellos. Una escena bestial de dolor y placer se desencadenó. El objetivo de estos hombres violentos, coléricos, irascibles, era guiarnos hacia la tortura, hasta que lleguemos al límite de pensar la muerte como único recurso. Un imperioso mandato detuvo nuestros pensamientos.

— ¡No se muevan! ¡No lloren! ¡No queremos escuchar ni un chillido!

Rápidamente nos separaron. A María la desecharon, ya habían hecho todo con ella, la dejaron en un costado y le impusieron que no dejara de mirar, ni por un momento, lo que hacían.

— ¿Cuántos años tenés? -le preguntó uno a Matilda

— 15 -respondió en un murmullo. Luego se dirigieron a mí y me preguntaron lo mismo.

— 16 -les respondí con vergüenza y bajé la cabeza. Se sonrieron con picardía.

— ¡Son nuestras! ¡Justo a punto! -dijeron.

Uno de ellos, tomó de un brazo a Matilda, la arrodilló y la puso entre sus piernas. El perverso hizo un gesto de placer, le empujó la cabeza y la obligó a beber su semen viciado. Matilda hizo lo que le exigía, su absoluta sumi-

sión consiguió el propósito. El placer se veía en esa cara de hombre desencajado. El cinismo de esa escena hizo llorar a María que estaba observando, el hombre la escuchó y giró la cabeza, descubrió su llanto. Fue entonces hacia ella, la arrastró hasta donde estaba Matilda y la obligó a que lamiese las heridas sangrantes de su pierna. La crueldad humillante de esa escena de erotismo perverso invadió el aire de la colina. Dos de los hombres me agarraron de los brazos, zarandeándome brutalmente. Sacaron una cuerda de adentro de una mochila y me ataron de pies y manos a un árbol que encontraron perdido entre las rocas. La sogá me apretaba las muñecas hasta hacerlas sangrar. Yo trataba de no hacer ni un gesto que sugiriera sufrimiento. Sabía que eso los deleitaba. Me dejé estar, aflojé mis músculos hasta casi no sentirlos. Me alivie, imaginé que no estaba ahí, que estaba en mi casa, con mi madre. Los monstruos primero me rasgaron el vestido, quedé prácticamente desnuda. Agarraron un rama fina, casi parecía un hilo grueso de aquellos que mi madre toma para cocer el pavo de navidad. Me lo pasaban suavemente por las axilas, los senos y la vagina con el fin de verme impotente frente a ese estímulo tan suave pero a la vez tan violento. Deseaban ver mi rostro humillado, dejando al desnudo la tensión que me producía semejante sumisión.

—¡Consiguieron lo que querían! Eyacular sobre mi cuerpo indefenso —pensé.

El odio y la violencia me hicieron ser otra. El deseo inesperado se apoderó de mí: ¡Quería matarlos! Matarlos

con el mismo placer que ellos sintieron cuando nos torturaron y violaron. María y Matilda se quedaron atónitas, en un instante se miraron con complicidad. Aprovechando que los perversos estaban desprevenidos, agarraron dos piedras grandes, justo en el momento en que eyaculaban, tiraron las piedras con fuerza y les quebraron la espalda. A continuación solo se escucharon gemidos, pero esta vez, de muerte.

Karina Frisan Rañinqueo

“La verdad que escribir constituye el placer más profundo, que te lean es sólo un placer superficial.”

Virginia Woolf

1

Confieso que no podía estar más nervioso cuando respondiste a mi publicación:

"Se busca un hombre joven, de entre 21 y 40 años, que quiera ser devorado".

Me costó descifrar la verdadera naturaleza de tus intenciones cuando te fui a buscar a la estación de tren aquella tarde de invierno...

¿Esto era real?

¿Era una broma?

¿Una trampa?

Ya no quería toparme con dudas, ni con titubeos, ni con miedos, como la última vez. En ese momento, te juro, que todo lo que quería es que mis deseos fueran tomados en serio, solo eso.

Una vez en casa, propuse ver aquel programa de cocina donde un pedazo de chuleta rebelde se deshacía en la boca del comensal. Una parte de mí se sumía en la fantasía de tu carne entrando en mi boca, mientras que mi otra mitad se desesperaba por permanecer en la realidad: sentados vos y yo en el sillón de mi casa, mirando la televisión esperando la hora de la cena. Cada tanto te espiaba por el rabillo del ojo, hasta que tu mirada cómplice se topó con la mía. Era extraño. Surreal. Me sonreíste como si se tratara de un niño haciendo una travesura, luego de escabullirte mi mente, testigo de mis deseos más ocultos. Supe, en ese momento, que ya no po-

día esconder nada de vos: eras el indicado. Me desar-
maste de nuevo con esa sonrisa tuya que había empeza-
do a amar hace poco, y me dijiste, casi en un susurro,
que estabas listo para el ritual.

Desde ese momento, me arrastraste en tu delirio, pro-
ducto de las pastillas, el whisky y el jarabe para la tos.
Poco a poco nos permitimos intercambiar los deseos que
no podíamos confesar a nadie más. El cuchillo de cocina
yacía sobre la mesada de la cocina, como si la tensión
me pidiera a gritos que te cortara de una vez, a pesar de
que me lo hayas pedido varias veces. Finalmente, a tra-
vés del arte culinario con el que fanfarroneaba a mi gusto
en nuestros primeros e-mails, te convertiste en la cena
romántica de ambos.

Con el correr de los minutos noté que el brillo de tus ojos
se iba apagando, más tu sonrisa permanecía vivaz: cierta
felicidad que hasta el día de hoy, no supe entender,
pero que será objeto de admiración hasta el fin de mis
días. Al llegar a la cúspide de tal excitación, supe que e-
ra momento de preparar la bañera, para que la purifi-
caras de rojo sangre. Ibas y volvías de ese estado de
consciencia mientras te leía un libro de Star Trek. Agarré
tu mano mientras yacías en el líquido y supe que era ca-
paz de dejar toda mi vida por este momento. Nada más
importaba. En silencio, no dejaba de agradecerte por no
hacerme sentir solo por primera vez.

Desde entonces la imagen de tu rostro durmiendo para
siempre, me acompaña cada vez que cocino tus restos
para la cena... y no puedo evitar sonreír.

2

Parece que hoy va a llover. Parada de costado contra la ventana, contemplo el cielo rosa grisáceo, el mismo que abarcaba la ciudad aquella noche en la que supe que me habías roto el corazón. Seguramente vos no lo sepas, pero no tenés por qué. Acostumbro a idealizar lo imposible.

Cada vez que me propongo olvidarte, te veo circunstancialmente en los trazos de mí día a día, y no dejo de caer por tu mirada serena, tu sonrisa pícara, tan sincera, tan radiante, tan pulsante, que la siento atravesarme el pecho cada vez que recuerdo que no puedo tenerte.

Los relámpagos iluminan la habitación, haciendo saltar mi corazón de repente, como todas aquellas veces en la que te veía acercarte, en cámara lenta, por el pasillo del edificio. El saludo a la distancia, el abrazo y el resumen breve de la cotidianeidad diaria en ese momento, se convirtió en un ritual necesario. Las palabras llenaban el aire, como una excusa para evitar que los cuerpos se separasen. Éramos un mapa conceptual de nuestros propios caminos que se cruzaban mil veces, pero que nunca llegarían al mismo destino.

Era imposible no voltearme para verte cuando me dabas la espalda, siempre con la esperanza de que algún día me devolverías la mirada. Tal vez, si tenía mucha suerte, llegarías a sonreírme de nuevo... ¡Todo lo que daría porque me dedicaras una sonrisa! Mi mundo hubiera estado en mil pedazos hasta perderme por siempre en tu

semblante. El sonido de la puerta de tu departamento al cerrarse, hacía eco en mis oídos, sacudiendo mi fantasía de repente, para luego aterrizar con los pies sobre la tierra. Te veía alejarte, mientras yo, preocupada, pensaba si sería la última vez que estaríamos así de cerca.

Parada de costado contra la ventana, con un cigarrillo encendido en una mano, y cubriendo mi vientre con la otra, oscilo entre la nostalgia y la melancolía. El hecho de que ahora me veas como a alguien que solías conocer, a veces duele mucho más que si, simplemente, no me vieras. Mi corazón late tan solo de saber que nunca habrá oportunidad de probarme, sintiendo que mis manos son demasiado pequeñas para acariciar tu inmensidad. Las gotas empiezan a caer contra el vidrio, hasta morir en una línea fina que separa los recuerdos de mi ensueño. Lo único que puedo hacer es evocar tu voz leyendo mis poemas favoritos, o encontrar tu mirada curiosa cuando te hablaba de aquella película de los '50s que vi en una página pirata; de mi fobia a los moluscos; o de mi afición a coleccionar encendedores que ya no funcionan; o de cómo, no hace mucho, soñé que me abrazabas y no me dejabas ir.

3

Los trazos de verano
exhalan ese aroma peculiar
de lugares que hoy en día
solo habitan en la mente.

Mientras tanto
Yo me encuentro lejos
muy lejos
de abrir los brazos
y acoger al mundo real
que se encuentra más allá.

Muchas veces me obstino
en la intención de desaparecer
hasta que algún ser
ofuscado por mi ausencia
me busque
me encuentre
y me invite a formar parte
de todo lo que por mí misma
no sea capaz de entender.

Pero otras veces
solo anhelo desvanecerme
para siempre
y volver con los trazos del sol
habitando en el recuerdo

de alguien mas.

Mientras tanto,
la vida pasa por delante
ahí afuera
y yo
me encuentro acá

lejos de todo eso.

Luciana Berardi

"Deseos de escribir la palabra rruiseñor, de quedarme con ella toda la siesta y ver si cuando merme el sol se puede divisar un rruiseñor o a un lindo boyerito."

Arnaldo Calveyra

1

Andaban a los tumbos, de aquí para allá, sin registrar ninguno de los mensajes que su cuerpo o su mente intentaban anunciar. Ante alguna de estas manifestaciones, la acción elegida siempre era tapar. Eso las unía. Se habían hecho amigas porque compartían el estar al desamparo de sí mismas. Ambas sentían la misma necesidad de ser alojadas por algo o alguien. La búsqueda siempre se dirigía hacia el afuera. Querían ser aceptadas y por eso andaban como camaleones por la vida, tomando las características que cada situación requería para ser parte de”.

Pasaron algunos años así, consumiéndose en objetos de todo tipo: ropa, alcohol, droga, información, arte. Algunas de estas cosas eran acumuladas como en una biblioteca donde los libros están para ser exhibidos, pero nunca son leídos. Algunas eran sustancias que servían para atravesar personas o momentos en particular, y luego desaparecían. En sí mismas ellas se sentían de esta forma. Su consistencia estaba dada por la aprobación que podían llegar a recibir. Y en tanto esta no existiera advenía la depresión y el vacío. Por eso siempre iban en la búsqueda de algún consumo que anulara esa incomodidad.

Todo se mantuvo de esta manera hasta que en un momento una de ellas se quebró. Por más que apelaba a este mecanismo, una sensación de sinsentido comenzó a invadir su mente. Ya no le era posible silenciarse, y por

el contrario cada cosa que hacía parecía incrementar esa sensación. Su amiga, que siempre se había tomado más tiempo para todo, seguía en la misma y no lograba entender lo que le pasaba a la otra. Esto finalmente terminó gestando una distancia entre las dos que no se pudo resolver. Ahora, lo que más habían temido estaba ocurriendo entre ellas. Ninguna aceptaba a la otra.

Se dejaron de ver. No hubo ninguna conversación de despedida, ni ningún intento de comunicación. Solo se dejaron de ver, y de hablar. Cada una intentó seguir con su vida. Una buscando encontrarle un sentido a aquello que había ocurrido y la otra, tapándolo. Decía que su ex amiga siempre había buscado problemas, y que no tenía paz. Algo de razón tenía.

En cierto momento, para la que había pasado un tiempo intentando comprender, el duelo pareció elaborarse. Ya no había dolor en el recuerdo de su amiga. Cuando pensaba en lo que había pasado ella sentía que las cosas habían caído por su peso, y por eso cada una había elegido caminos diferentes. En realidad, esto no era más que una forma de creerse a salvo de lo de siempre. Una manera de negar que cuando se miraba al espejo no lograba integrar aquel pasado al vértigo de su presente.

El malestar sabía mutar, parecía una gelatina que iba adoptando la forma de cada nuevo proyecto en que se orientaba. Había cosas que la entusiasmaban, pero al poco tiempo perdían el color. Y todo esto no eran más que los intentos de consistir en algo. Pero justamente ese era el problema: Necesitaba consistir en sí misma.

Una noche de invierno se rompió la estufa y el frío parecía no dar tregua. Ella se plegó sobre sí y envolvió su

cuerpo con sus brazos para contener el calor. Esa fue la primera noche que sintió lo que era abrazarse.

2

C: No sé si fue buena idea tomar este camino Sole. Ahora está anocheciendo y vamos a tener que volver por donde vinimos. Me da un poco de miedo.

S: ¿Vos estás segura que no hay ningún puente? ¡Yo te juro que lo vi en google maps! Cuando tenía batería, je.

C: Miro alrededor y no veo nada. Este río es larguísimo y me parece que no da caminar por la orilla si no sabemos dónde termina. Ya es tarde y estamos en una ciudad desconocida. Qué sé yo quien puede andar por acá. Ni siquiera entendemos en qué idioma hablan.

S: Creo que estas exagerando un poco Carla, no flashees. No hay nadie... Mira que linda se ve la luna, este lugar es increíble.

C: Ya no sé si soy yo que no me puedo relajar o si vos sos muy inconsciente. Igual sí, la luna esta hermosa, llena y brillante.

S: ¿Por qué no nos quedamos un toque mirándola y volvemos? Ya fue Carla, no nos va a pasar nada.

C: Bueno si, no sé. Un toque y después volvamos, ¿dale?

S: Si un toque. Igual ¿Qué te pasa Carla?, ¿Por qué estás tan ansiosa? No te relajaste en todo el viaje. En unos días ya nos volvemos a Buenos Aires y parece que no pudieras conectar con nada. ¿En qué estás pensando?

C: Sí, tenés razón, pero no quiero darle más rosca al asunto. ¡Dejémoslo ahí!

S: ¿Estás mal por Pablo?

C: Y si, obvio. Ya sé que hace un montón que cortamos, pero me cuesta. Es el primer viaje sin él. Me pregunto que estará haciendo ahora.

S: Peroo... Estas en un bosque en Holanda. ¿Por qué te haces esto? Trata de disfrutar de estar acá. ¡Mira lo que es este lugar!

C: ¿Te enojaste?

S: No, ¿por?

C: Porque hace diez minutos que estas mirando a la nada y tenés esa cara. Me parece que no es para tanto. Al final es mi mambo nada más.

S: Bueno no sé si es solo tu mambo. Te lo voy a decir de una vez porque ya no aguanto más tener este nudo en la garganta, y a veces siento que te haces la boluda... Vos me gustas, hace un tiempo ya.

C: ... (se queda en silencio mirando a Sole)

S: No quiero cagar las cosas, y vos no me decís nada. Este silencio me hace sentir peor. Soy una tarada porque pensé que en este viaje quizás pasaba algo. No te quise joder en todo este tiempo, porque entendía que estabas haciendo tu duelo, pero ya esto me está haciendo mal a mí.

C: Es que me descolocas un poco. O sea, cuando nos conocimos me pareciste re linda, pero yo nunca estuve con una chica y estaba re mal. No me animé. Después fue pasando el tiempo, nos hicimos amigas y bueno acá estamos. Lo de Pablo es más una fantasía que otra cosa. Ya hace más de un año que corte con él, y me da bronca pensar en que él ya estuvo con otras personas. Y que seguro me olvidó. Yo soy más tímida, me cuesta generar intimidad o encarar a alguien. Creo que eso es lo que

extraño, la confianza que se había generado. Con él no me inhibía. Ahora que me decís esto, se me mezcla todo...

S: Procesalo, te entiendo. Yo no puedo seguir silenciando lo que me pasa, tenía que decírtelo.

C: ¿Te puedo dar un beso?

El pez por la boca muere Inundación

Siempre les decían que debían conservar la sobriedad,
que para ser amados es importante ser reservados.
Les decían que hablar es solo para pronunciar lo importante.

Ellos son los propietarios de la lengua,
inventaron las palabras y los refranes
con los que se apropiaron
de las cosas posibles en este mundo.

Pero se olvidaron que el silencio provoca inundaciones,
que desbordan los límites de su colonizada realidad.
Y en ese torrente manan peces desconocidos,
que designan lo que no estuvo permitido nombrar
y que ellos no pudieron arrebatar.

3

No hacía mucho tiempo que se conocían, pero algo las había imantado. La primera vez que se habían visto en el parque, se miraron como si ya se hubieran conocido en otro tiempo, o en otra dimensión. Poco después una tarde pintó tomar una birra y se empezaron a conocer. Se contaron en qué creían, y cómo sentían. Una de ellas contó de una época en la que después de una fiesta y habiéndose tomado de todo, sintió como su mente se desnudaba. Se había despersonalizado y la vida había perdido sentido. En aquel momento no sabía quién era, ni en qué pensaba. Eso le duro un tiempo, pero ya estaba mejor. Igual le costaba hablar de esto y no se lo contaba a cualquiera, pero al mismo tiempo necesitaba comprar-tirlo con alguien.

Después de terminar la cerveza cada una se fue a su casa. Fue una tarde intensa. Cuando la otra llegó a su casa, se tiró en su cama y comenzó a mirar el techo. Ella además había fumado un poco de porro, y mientras miraba el techo pensó en el cielo, y después en el universo. En ese momento se dio cuenta de que el universo no tiene un límite conocido como el techo de su casa, o la piel de su cuerpo. Ese pensamiento le dio tanta angustia que le hizo dudar de todo en lo que había creído hasta ahora, incluso de sí misma. Salió eyectada hacia la calle para tomar un poco de aire y calmar la catarata de pensamientos catastróficos e irracionales que se le pasaban por la cabeza. Caminó unas cuadras y en un momento

vio reflejado su cuerpo en la vidriera de una local. Era un cuerpo conocido y anónimo a la vez. Se comenzó a tocar la piel, pero había perdido sensibilidad y sentía como si estuviera tocando un otro cuerpo.

La desesperación se incrementó, pero recordó que tenía unos Rivotril que le había pedido a su abuela hace unos meses cuando no podía dormir. Fue a buscarlo, se lo tomó, y salió hacía el parque para relajarse. Se sentó en un banco debajo de un Jacaranda que estaba en su mejor momento de floración. El suelo alrededor del banco era un círculo lila que contrastaba con la piedra partida borde de los caminos y el pasto verde intenso. El viento primaveral de la tarde la hizo volver en sí. Levantó la vista y una chica venía caminando por el camino de piedras. Se miraron unos segundos a los ojos, que en realidad fueron varios años, y se saludaron.

Sin querer maté al presidente

Sin querer maté al presidente, pero también hubo intencionalidad.

Maté a los jueces a los doctores y a los docentes, también maté a las normas que solo sirven para confundir.

Me despedí de las voces que sancionan categóricamente las cosas, y con una moral fingida trazan una línea divisoria entre lo bueno y lo malo.

Desarme los saberes amos, para reencontrarme con la curiosidad humilde que impulsó el camino.

Me permití la duda sobre la herencia y los parientes, sobre la historia y sus héroes.

Me propuse cultivar las sensaciones sin nombre, siempre acalladas por incorrectas.

Habilité el ocio y la vulnerabilidad. y solté el broche que mantenía en un cerco a todas las palabras y las huellas, que daban forma a mis ideas.

Se desató el caos e irrumpió el pánico,

el cual pareció ser el único pilar certero.

Al fin pude sentir.

Lo que antes era un círculo se desplegó como un espiral creciente.

Me embarque en la búsqueda de pistas sobre lo bello.
Para encontrar las formas que le dan soporte.

Fue sin querer, desde la ignorancia de las implicancias,
pero con una marcada intencionalidad de ser,
siendo mi propia creación.

Marina Cortez

“A ella le gustaba el mar, andar descalza por la calle, tener hijos, hablaba con los gatos atorrantes, quería conocer el nombre de las constelaciones; pero no sé si es del todo así, no sé si de veras se la estoy describiendo –dijo el hombre que tenía cara de cansancio”.

Abelardo Castillo

Campos eliseos

Ella deshizo sus trenzas y su larguísimo pelo cayó a sus espaldas. Se desnudó, dejando la ropa segura en las ramas de un árbol. Las lengas y coihues rodeaban el lago. El lugar era recóndito y la playa no tenía arena. Bajo por las rocas para bañarse en las aguas claras. Se sentó a orillas del lago. Metió los pies y se quedó un momento disfrutando de la vista de las montañas y del sol bendiciendo su piel. Casi podía sentir los rayos traspasandola, el contraste entre las grandes piedras calientes y el bosque sombrío. Siempre se sentía más a gusto sola en el bosque que en cualquier otro lugar.

De repente, un ruido la alertó. Se dio vuelta sorprendida, lista para correr.

Un hombre joven se acercaba por el camino. Tenía los ojos oscuros y el cabello largo. A pesar de su primer impulso de huir, se quedó un segundo, dudando. Había una pasión desbordante pero inmensamente dulce en los ojos del hombre, que la hizo sentir completamente segura.

Él se sacó la camisa y se la alcanzó. Ella se la puso, un poco avergonzada de su deseo de que él la siguiera mirando desnuda.

—Gracias -dijo-. No pensé que hubiese nadie.

—Uno nunca pensaría en cruzarse a alguien en este lugar -ella se dio cuenta que realmente no recordaba haber visto a ninguna persona allí-. Es un pedazo de Paraíso -continuo él. Su voz era grave y muy hermosa.

- Sí, lo es -respondió ella mirando los picos nevados que la rodeaban.
- ¿Puedo? -preguntó él, señalando la piedra.
- Sí, sí, claro -le dijo ella sonriendo-. Te comparto mi paraíso un ratito.

El hombre se sentó a su lado y también puso los pies en el agua. El sol estaba altísimo en el cielo, pero ella ya no miraba las montañas, sino a él. Quería decir algo, cualquier cosa. Pero por otro lado, el momento era tan perfecto que le pareció un pecado arruinarlo con palabras. Perfecto como volver a encontrar la posición ideal para dormir después de días de insomnio. No era solo mágico. Era tan cómodo y natural como respirar. Miro sus pies, cerca de los de él en el agua. Habían caminado mucho, igual que los de ella. Tuvo el impulso de acercarse a su pie y tocar los del extraño. ¿Era demasiado atrevido? Decidió que no sería apropiado hasta saber mejor las intenciones del joven. Levantó la vista y se dio cuenta que la estaba mirando. Parecía querer decir algo también. Tal vez él tampoco encontraba las palabras. Ella sonrió y él también. Siguieron callados un rato más.

De repente, como tomando coraje, él le preguntó:

- ¿Conoces el mito de Orfeo en el Hades? -era una pregunta extraña, pero ella negó con la cabeza.
- El Hades es el inframundo de los griegos, donde todas las almas van después de morir. Hubo una vez un hombre, Orfeo. Un ridículo alfeñique entre los poderosos semidioses. Su único talento era ser un músico excepcional.

— Yo creo que los héroes griegos eran todos unos brutos asesinos. Todas sus historias tratan de raptos, violaciones y guerras.

— Esta no -se apresuró a aclarar-. Orfeo estaba casado con la ninfa más encantadora del bosque. Para él, ella era su rosa en el desierto y la amaba con locura. Pero tristemente, ella murió por la mordida de una serpiente.

— Pobrecita -dijo ella, compungida- que pena ser tan feliz y que se acabe en un segundo.

— Es verdad -acordó él- Orfeo amaba tanto a su esposa que los dioses tuvieron piedad de su dolor y le enseñaron la entrada al inframundo. Llegó así a la presencia soberbia de Hades, señor de los muertos, y de su esposa, Persefone.

— ¿La que comió las semillas de granada? -preguntó ella, curiosa. Creía recordar algo del mito, como un eco lejano.

— Ella misma. Se dice que Orfeo cantó una melodía tan desgarradoramente hermosa que el corazón de Hades se conmovió. Una música nunca escuchada en el inframundo. Dicen que los Titanes dejaron de agitarse en el tártaro. Que el águila divina dejó de devorar el hígado de Prometeo para escuchar. Que Sísifo dejó de empujar cuesta arriba la roca que siempre volvía a caer y tuvo un momento de descanso.

— ¡Que hermoso debe haber sido! ¿Y le devolvieron a la esposa?

— Sí. Le dijeron que debería caminar todo el camino de vuelta a la tierra de los vivos y ella lo seguiría. Pero si volteaba a verla antes de que el sol la alumbrara por completo, ella volvería sin remedio al Hades. Mientras

caminaba, sentía los pasos de ella siguiéndolo. Así atravesó el inframundo. Así cruzó la laguna Estigia en la barca de Caronte. Así pasaron al lado de Cancerbero, el perro de tres cabezas. Pero, ¡ay! la ansiedad traicionó a Orfeo y en un acto de suprema e imperdonable estupidez, se dio vuelta antes de que ella terminara de salir a la luz y así fue arrastrada de vuelta al reino de los muertos para siempre.

—Qué historia tan triste -se compadeció ella-. Pero por aquí dicen que al llegar a los campos Elíseos, nos volvemos a reunir con nuestras personas amadas, aunque a veces no las reconocemos. Ojalá ellos se encuentren allí algún día.

—Ya lo hicieron, mi amada Euridice, ya lo hicieron.

El tropiezo del gran hombre

Yo le explicaré, oficial. Yo no soy una fanática. De hecho, a mi edad, me considero totalmente apolítica. Si me hago mala sangre, después me da indigestión. Los años no vienen solos. Imagínese, ochenta y ocho años...

Sin embargo, también con los años, una va adquiriendo una claridad, ¿vio? La claridad de saber. Los años pasan y una empieza a ver la gente repetida, las mismas historias, los mismos motivos, las mismas miradas asesinas. Y yo sé, mirando a los ojos, cuando estoy viendo a un asesino. Y yo lo vi al edecán. ¡Ja! Edecán presidencial, nada menos.

¿Cómo dice? ¿Qué me apegue a los hechos? ¡Pero si eso es lo que estoy haciendo, joven! Yo le cuento esto porque si no, usted no va a entender y me va a tomar por una asesina desquiciada. Y como le dije, yo no soy ninguna loca.

En fin, yo lo encontré al edecán hace dos años. Fue en una foto del diario que estaba parado ahí, en la ceremonia de asunción presidencial. Fueron los ojos, verdes, fríos, despiadados. Los mismos ojos en la misma cara que el desgraciado que chocó el auto donde íbamos mi marido y yo. El hijo de puta salió disparado con el coche. Mi pobre viejo se me murió antes de que llegara la ambulancia.

¿Por qué no denuncie? Ay, joven, cuando usted tenga mis años, va a aprender a desconfiar de la justicia de los hombres también.

Cuestión que pasé dos años preparándome. Aprendí a usar el rifle en mi casa, en el campo. Siempre tuve buena puntería, señor, usted no se crea. Así que el plan era perfecto. Busque fotos aéreas con ayuda de mi nieto. Esta mañana, mi hijo me trajo en el auto. Y antes que pregunte, no, nadie en mi familia sabe lo que pensaba hacer. Llegué al departamento de mi amiga Susana, que está de vacaciones y me dejó las llaves para que le riegue las plantas. Plante el rifle en el balcón y espere. Cuando a las 6.30 aterrizo el helicóptero en Olivos, yo apunté con cuidado.

Ahora le digo, joven, ¿cómo iba a saber yo que el presidente se tropezaría con ese escalón? ¿Cómo iba a saber yo que se pondría justo en el camino de la bala?

Vuelvo a repetirle, sí, yo planeo un asesinato, pero lo del magnicidio fue completamente accidental.

1

Las agujas de la rueda de Wartenberg se enterraron en su piel, pero no sintió nada. Al otro lado de la pantalla, vio las marcas surgir en el brazo de ella, exactamente por donde había pasado la rueda.

Guille miró directo a la cámara y preguntó:

– ¿Cómo se sintió?

– Me gustó -respondió Valeria-. Un poco más fuerte, por favor.

– Si sigo presionando te voy a lastimar.

– No me vas a hacer nada.

– No -dijo él suavemente, pero con firmeza-. Vamos a probar algo más.

Encendió las velas. Vio el temor y la lujuria en los ojos de ella.

– ¿Va a doler? -preguntó.

– No sé -respondió él.

– ¿Nunca probaste?

– Nunca lo siento.

– Cierto.

Él tomó la vela y dejó caer una gota de cera en su mano. No sintió nada. Miró la pantalla mientras ella levantaba la mano, dejando ver una pequeña marca roja en el lugar exacto donde él había dejado caer la cera.

– ¿Dolió?

– Un poco. Pero me gusta.

Él sonrió.

—Sos una puta masoquista.

Ella se sonrojó un poco, pero no pareció molestarle que la llamara así.

—Esta vez voy a dejar que chorree un poco, ¿ok?

Ella asintió, expectante. El dejó caer un largo chorro de cera derretida sobre su pierna desnuda. Ella se estremeció.

—¿Fue mucho?

Ella negó con la cabeza. El dejó caer mas cera en su otra pierna. Escuchó que la respiración de Valeria se entrecortaba un segundo y eso lo excitó.

—¿Más?

—Si, por favor.

—Ok.

Se estiró hacia atrás y dejó caer la pegajosa cera ardiendo sobre su pecho. Ella gimió.

—¿Te gustó?

—Si.

—¿Te dejó marca? —dijo él. Ella se miró, separando el vestido de su piel.

—Si.

Él trago.

—¿Me dejas verla?

Con un poco de pudor, ella abrió un par de botones del vestido y con discreción, le mostró la marca roja y caliente que la cera había dejado en su piel sin tocarla.

- Sos hermosa. -se le escapó a él.
- Gracias. Vos sos hermoso también -dijo ella al tiempo que se cerraba el escote.
- Quiero probar una cosa.
- ¡Dale!
- ¡Para! Si todavía no te dije qué es... Por ahí no te guste.
- Hasta ahora todo lo que hicimos me gustó.
- Esto es distinto. Necesito despegarme la cera. Quiero usar esto para hacerlo -dijo Guille, mientras sacaba la destellante navaja por debajo de la almohada. Le gustaba que ella se sorprendiera.
- Solo la usaría para raspar. No tiene mucho filo.
- Ok, hazelo.
- ¿Estás segura?
- Si

Con mucho cuidado, el empezó a levantar la cera con el filo de la navaja. Valeria se movió.

- Quédate quieta, boba.
- Es que esta helada.

Guille recordó que nunca había experimentado que pasaba si usaban hielo. Trataría de recordarlo para la próxima vez. Ella suspiro y eso le dio valor. Siguió removiendo la cera, tal vez presionando un poquito de más.

- ¿Raspa mucho?
- Se siente más que si no me hubieras quemado antes. -respondió-. Pero no duele.
- Ahora voy a pasarla por el pecho, ¿está bien?

Por primera vez ella dudo. El pecho era un área mucho más sensible. Él esperó paciente que ella decidiera.

– Hacelo -dijo-. Pero por favor tené cuidado.

– Siempre tengo cuidado.

Una navaja invisible empezó a raspar el pecho de Valeria, la piel sensible, recientemente quemada. Pensó que sería bueno si el presionara más. No se animó a pedirlo. Sabía que él no se animaría a ir más lejos esa noche.

– Creo que mejor lo dejamos acá por hoy -dijo él.

– Ok -dijo ella, sabiendo que mañana él se animaría a un poco más-. Dejémoslo así.

– Necesito abrazarte, Vale.

– Yo también.

– Háblame. Contame cualquier cosa.

– ¿Qué querés que te cuente?

– Lo que sea. No quiero que te vayas todavía.

Miriel Cascallares

"Sigo el consejo de Chejov, en el que creo absolutamente: dejar de lado el contenido de lo que dice el personaje para atender a cómo lo dice; mirar del personaje cómo se mueve , cómo camina, cómo se calla, etcétera."

Hebe Uhart

1

La miro, la analizo, no la entiendo, me estanco. La miro, intento interpretarla, no la entiendo, me confundo. Me toco la espalda, me duele, me levanto, la miro, me arrepiento, me vuelvo a sentar. Me desespero, me encierro, lloro. Agarro el celular, les hablo, les cuento, me ayudan, vuelvo a intentarlo. Me siento, la analizo, la odio, lo odio. Me saco, me levanto, me voy de la habitación. Bajo las escaleras, abro la puerta, entro, me siento en el sillón, veo una serie, me relajo, me desestreso. Termina, me levanto, vuelvo arriba. Me siento, no la veo, tengo miedo. Bajan y suben, me desesperan. Pienso, la analizo, me analizo. Comprendo, la miro, la analizo, la entiendo, la practico, la interpreto, me emociono. Le escribo, le cuento, confío, me abro. Me responde. Me felicita, me habla de sus progresos, me incita a seguir adelante. Sigo adelante, me siento, la interpreto. Me aburro, me desespero, me estreso, lo dejo. Me espera, me mira, me pide que lo toque, no le hago caso. Agarro el celular, juego, me distraigo. Lo vuelvo a ver, dejo el celular, me paro, me siento, lo miro, me compadezco de él, me pongo a tocar, me entretengo. Quiero seguir, toco una mía, no está terminada. Trato terminarla, no puedo, no entiendo, me desespero, me estreso, me vuelve a doler la espalda, paro. Me levanto, me estiro, me cambio el pantalón, me ajusta mucho. Me estiro de vuelta, agarro el celular, me distraigo. Lo miro, me paro, dejo el celular, vuelvo a sentarme. Toco una mía, me gusta, está terminada. Paro,

quiero tocar otra, me doy vuelta, agarro el celular, busco otra, la encuentro, la escucho, la analizo, la entiendo, la practico, la interpreto. Pienso en la otra, que me mira. Paro, la observo, la analizo, no me gusta. Intento tocarla, me equivoco, me estreso, me desespero, no la entiendo, no nos entendemos. Lo observo, lo entiendo, nos entendemos. La miro, la analizo, no la entiendo, no me gusta, no quiero seguir, y comprendo. Me entristezco, me deprimoy, lloro. Agarro el celular, les hablo, les cuento, me entienden, me apoyan, me cuidan. Pienso en ella, me deprimoy, pienso en él, me deprimoy. Lo miro, me gusta, lo quiero. La pienso, tomo el celular y le escribo. Le cuento, le explico, me abro al 100%. Espero días. Me responde y la leo. Me cuenta que pasó por lo mismo, que está bien, me relaja, me anima, me esperanza, me alegra, me apoya. Lloroy, sonrío, pienso en él, pienso en ella. Sus teclas se resbalan por mis dedos, lo amo. Sus hojas ya no me llaman más, aprendo a vivir sin ellas.

Muriel Keifman

"A algunos les han quitado las ganas de hablar,/ pasan
mudos por el amor, aman perros vagabundos / y
tienen una piel tan sensible / que nuestros pequeños
saludos cotidianos / pueden producirles heridas casi
de muerte. / Nosotros, seres amables e inofensivos, /
miramos los gatos enfermos, las mujeres con collares /
que pasan por la calle /y sentimos un desamor
agradable, / casi suficiente."

Juana Bignozzi

1957

6 de febrero de 1957

Marcos:

Seguramente cuando recibas esta carta habrán pasado varios meses desde que me senté a escribirla, y ruego que tu dirección no haya cambiado porque si no nunca llegará. También te preguntarás a que se debe mi aparición después de tantos años, después de haberme esfumado de un día a otro. Pero como dice el viejo dicho hay que escuchar las dos campanas de una historia para conocer la verdad y creo que ha llegado el momento de que conozcas mi verdad, que es tan tuya como mía.

El día que me fui, fue uno de los días más tristes de toda mi vida. Jamás olvidaré nuestra última conversación atrás de la casa de Susana: "Mira Marcos, yo te amo, pero ya no me haces sentir nada" Esa frase ha quedado en mi memoria para siempre, aunque con el tiempo, he podido comprender que decirte eso fue la única manera de protegerte de él, y eso me alivia, pero aún no me deja dormir tranquila, porque sé que todavía hay cosas que quedaron en el tintero.

Después de ese día me escapé, porque no supe que otra cosa hacer. Escape de él, y por consecuencia, de vos. Compré pasajes para Córdoba. Había visitado San Marcos Sierra una vez con mis dos hermanas, y supe que ese sería un buen lugar en el cual refugiarme. En el que no me buscarías. En fin, continúe mi vida, encontré a al-

guien, fui feliz y te olvide. Cuando llegue aquí creía que jamás podría hacerlo. Lloraba cada vez que recordaba nuestro amor, los besos robados en los pasillos, las miradas, aquella noche de octubre. Creí que sería infeliz toda mi vida, que buscaría tu rostro en cada esquina, pero no. La pasión y el amor que teníamos fue tan grande y efímero, como nuestra despedida.

Jamás pensé en buscarte, porque había dado vuelta la página, pero sentada en mi escritorio, te juro que no podía dejar de pensar en lo que pasó hoy. Temprano, vino Alejandro, mi hijo mayor junto a Antonia, su novia, y me confesó que será padre. En un principio la noticia me llenó de alegría, pero pronto esa felicidad se convirtió en un sentimiento de culpa y arrepentimiento. Y por eso decidí escribirte. Porque te he quitado la oportunidad de ser padre. Y no me perdonaría quitarte, nuevamente, la oportunidad de ser abuelo. Marcos, ya no tenemos 25 años, y como rápida es la vida también lo es la muerte, y yo no puedo llevarme este secreto conmigo:

Él es tu hijo biológico. Sólo eso. Porque Alejandro tuvo un padre. Alguien que le marco el camino, que lo amó. Alguien a quien el también ama y llora todos los días de su vida. Pero el niño no tendrá un abuelo, y con mi condición física no estoy segura de que tenga una abuela. Marcos, quiero ser lo más clara posible. Esto no es por vos, no te necesito, y tu hijo tampoco. Es por Alejandro y por mí. Por nosotros. Sé que si el descubre la verdad y yo ya no estoy en este mundo, jamás me perdonará. Y él es lo más importante que tengo.

Espero sepas entender y decidas venir a conocerlo. Si no lo haces por él, hazlo por mí, por nuestro difunto amor.

Saludos,

tu antiguo amor: Pocha

PD: Te dejo la dirección de Alejandro: Los algarrobo 57
(frente al almacén de Nina).

No intentes buscarme, para cuando llegues, ya me habré
ido.

Colapso

Colapso. Si tengo que hablar del colapso de mi corazón, de mi vida, quizá pueda hablar de esto. Y que lo hable ahora y lo llame por su nombre me hace sentir mejor, quiere decir que estoy sanando.

El día era bueno, y estaba adornado por todas las cosas que parecían ser, como si el mundo no se percatase de lo que había pasado o mejor dicho me lo quería ocultar a mí. Había sol, las hojas estaban más verdes que nunca, y se me había ocurrido que quizá podía verte otra vez mañana, antes de que vuelvas a casa.

Nadie tuvo que decirme nada, porque cuando llegué lo supe, ella ya no estaba. Lo vi en mi mama en sus ojos y su forma de caminar triste e inconsciente, en el cielo que se tornó oscuro de repente, en el sonido de la puerta, en la voz quebrada de mi hermana, y en los abrazos de mis tíos. Y me dolió. Dolió tanto que casi me desgarró.

Colapso. Cuando hablo del colapso, de mi momento de caos, puedo de hablar del jueves que me volcó el corazón, que me hizo sangrar por dentro, de las caminatas en silencio, de los juguetes que ya no esperan en la escalera como cuando tenía cuatro años, hablo de nuestros cantos en ramella y santa teresa, hablo del miedo de caminar por mi casa por encontrarme con su ausencia, hablo de los momentos donde el llanto nubla la mente y te encuentras con las cosas que dejo, con su olor, con la llave de su casa, con el vuelto de la panadería que iba a usar mañana, hablo de las veces que la busco sentada en

la mesa, al lado mío, y no está, hablo de sus años sin cumplir, de sus sueños que quedan estáticos para siempre, para nadie, porque ni ella está para cumplirlos, ni yo para entenderlos.

Lo más difícil del colapso es salir de él, es retomar las cosas, volver a los lugares donde estuve con ella, pero esta vez sin ella, poder mirar a mi papa sin que me lloren los ojos porque en los suyos encuentro tristeza, encerrar a la culpa en una jaula y no dejarla salir más. Decir basta. Reconstruir los lugares, y tapar su ausencia para sentir su presencia, y reírnos un rato, llenos de nostalgia de sus manías de vieja.

Ahora miro todo esto que me dejaste, y entiendo porque lo hago, porque me esfuerzo todos los días en aprender un poco más.

Y no lo hago por mí,
tampoco por vos,
sino por un nosotras.

Porque aunque haya días de sol, la culpa se escapa,
y vuelvo a caer en el caos,
en esa inconstancia,
donde la vida se me desarma
y esta es una forma de regalarte,
y pedirte que me perdones,
todo lo que nunca te di.

Huida

Miro bajo mis pies,
todo lo andado,
todo lo pisado,
lo roto.
Todo aquello,
que era
y ya no soy.
Y todo aquello que pretendo,
y ya no encuentro.

Solo veo restos,
historias desarmadas,
y soy eso que no amo,
que no deseo,
todo eso que jamás busque.
Y entiendo,
lo que nunca entendí:
el porque de aquellos
que un día juntan sus cosas
y
se van,
sin previo aviso.
Sin mirar atrás.

Y es que a veces la huida,
del mundo,
de todos aquellos que te (des)conocen,

es la única forma de
encontrar la libertad,
de ser,
solamente aquello
que
se
decide
ser.

Un viaje en tren

Ocho menos seis minutos, como todos los días, estaba esperando el tren Sarmiento con destino a Caballito. Ya hacía tanto que había descubierto la fórmula perfecta para que la espera no se hiciera infinita, que me gustaba pensar que los minutos exactos en los que tardaba en llegar el tren, era un secreto que sólo yo había podido descubrir.

Esperé. Ocho menos cuatro minutos el tren se anunció en la estación de Morón. Subí y me senté en el asiento de siempre: el segundo del lado de la izquierda. Enseguida busqué con la mirada a la viejita chiquita y menúdita, con el pelo bien blanco y los labios rojos, de todos los lunes y jueves. Susana, escuché la única vez que se sentó al lado mío, y llamó a alguien que, por lo que creo, era su hija, para preguntarle que talle de remera usaba Tadeo. Tadeo... me encanta ese nombre. Me tengo que acordar de anotararlo en la lista de nombres que tengo en la mesita de luz.

Mire el reloj: 8:02. Haedo. Todavía faltaban 50 minutos hasta caballito. Volví a mirar a la viejita que como siempre hablaba por teléfono. Pobre... Eso sí ehh... siempre la que llama por teléfono es ella. ¿Qué cosa no? ¿No tiene familia? No, no... si tiene. La hija y Tadeo el nietito. Que hija de puta que es la gente, ¿tanto cuesta levantar el tubo de vez en cuando?

Esta vez hablaba sobre un hombre que ya varias veces la había escuchado nombrar. Me parece que lo había conocido en el grupo de jubilados o algo por el estilo.

Miré el reloj: 8:10. Ramos Mejía. Suspiré. Las puertas se abrieron y un malón de gente entró.

Si me darían a elegir obviar una de las estaciones del tren Sarmiento, sin duda elegiría la estación de Ramos Mejía. Bah... no sé... Por ahí Floresta. No, miento. Elijo Ramos. Siento que parar allí implica acabar con la poca paz que habita en el viaje en tren. Tanta gente. Tanto bullicio. Siempre dejo de escuchar las conversaciones de Susana en esa estación, porque su pobre vocecita se pierde entre las tantas que suben. Sí, sin duda. Sacaría Ramos Mejía. Se cierran las puertas. La gente se acomoda, como puede, cómo entra. Un hombre con camisa manda audios mientras con el brazo derecho se agarra de la baranda que cuelga del techo. La chica que está abajo de su brazo agarra su mochila negra. La de al lado intenta atarse el pelo. Otro tipo bastante canoso, empuja disimuladamente a la chica de la cartera negra para entrar mejor. Una mujer más. Una abuelita más. Un chico de unos dieciséis años. Otro muy petizo. Una pareja. Una madre y una hija. Un montón de gente. Tan sola y tan junta. Cuando el tren se pone en marcha después de que se cierren las puertas, la gente se mueve como si fuesen uno. Me hace acordar a la marea. Para un lado, para el otro, para un lado, para el otro... y sin darme cuenta, yo me muevo con ellos.

Miro el reloj. 8:17. Ciudadela. Las puertas se abren y la marea cesa desembocando en la estación. La gente se a-

comoda: algunos se reparten por los pasillos y otros se ponen cerca de la puerta. Siempre me dio miedo viajar cerca de la puerta. Siento que me puedo caer en cualquier momento. En la puerta casi siempre hay gente sola, que quiere bajar rápido pero esta vez hay dos amigas que hablan de una tal Carla. Carla era la ex del novio de la que tenía el pelo más oscuro. "Yo todo bien con que sea la madre de su hijo pero dale. ¿Tanto planteo va a hacer? ¿Qué hace cuanto la conoces? ¿De dónde? ¿Cuántos años tiene? Podes creer que hasta le pidió hablar por teléfono conmigo. Obvio le dije que no. Que está todo bien pero que no tengo intención de hablar con ella. Yo no tengo que darle explicaciones a nadie y menos a su ex"

8:24 se abrieron las puertas en la estación de Liniers. Bajó una de las dos amigas, quedaron en hablar después por teléfono. Una madre con un hijo sube y ocupa el lugar de la amiga que se fue. El hijo llora. La madre le dice que la corte. El nene grita. Dice que quiere un alfajor. "¡Basta Matías! Córdala. Ya llegamos a casa." El nene se tira al piso. Patalea. La madre se agacha. Lo levanta. El nene se vuelve a tirar al piso. "Matías basta. Mira cómo te mira la gente. ¿Vos ves a alguien que se porte así? Mira a la nena que está sentada. Ella se porta bien. Que discurso de mierda. "Portarte bien porque el otro se porta bien" ¿qué clase de enseñanza es esa? Hace lo que el otro hace sin cuestionar absolutamente nada. Ojalá alguien me hubiera explicado que la vida funciona así, aunque no queramos.

Mire mi reloj. 8:31 Villa Luro. Sube gente, baja gente y entre la gente baja Susana. "Alfajores, alfajores. Baratitos

los alfajores" decía un hombre que tenía cara de Gustavo y acaba de subir con una caja llena de alfajores Guaymayen. Repetía el cantito. Y ofrecía alfajores. Les dejaba uno a cada uno que se encontraba en el vagón. A ver si así alguien se tentaba. Un hombre no aceptó los alfajores, simplemente le corrió la cara. Lo mismo la mujer de atrás. Lo mismo un señor de la derecha. ¿Porque hay gente que hace eso? Como con los folletos en la calle cuando no los agarran. Esa gente camina, vive, como si en el mundo solo existieran ellos. No piden permiso, ni perdón, ni por favor. Solo andan, hacen y deshacen. La verdad es que yo nunca compro cosas en el tren, mi abuela decía que están en mal estado, tampoco leo los folletos que me dan en la calle, pero eso sí, los agarro. La madre con el nene agarra el alfajor. Lo compra. El nene deja de llorar. Yo miro mi reloj son 8:38. Floresta. En floresta baja poca gente. Y casi no sube nadie. Pero si sube un hombre. Un hombre bajo, con anteojos y pelo muy cortito que no para de llorar. Se sienta en un asiento que está desocupado Y sigue llorando. Nunca puedo llorar cuando hay gente. Siempre lloro cuando estoy sola. Casi siempre me encierro en el baño donde Mariana no me ve y lloro ahí. A veces prendo la ducha para que no se escuche. El hombre se agarra la cabeza y sigue llorando. Un llanto horrible. De esos que uno ve pocas veces. Gangoso y lleno de mocos. Seguro que se le murió alguien. Y le acaban de avisar. Debería estar prohibido avisar muertes por teléfono. O Por ahí descubrió que el marido lo engaña. No, eso no. Esos llantos no tienen mocos. Y tampoco se avisan por teléfono. Se le murió alguien. O alguien se enfermó, mucho y está internado. Y tiene una

infección. Seguro es su papá. Esas cosas siempre pasan y se avisan por teléfono. Pero es más que una infección, más que una muerte. Sí. Debe ser una enfermedad tan larga que preferirías la muerte. Sí. Esa tiene más sentido. Esa me suena más. El hombre con cara de Esteban sigue llorando. Hace un rato su hermana lo llamó, su papá está internado, tiene una infección y le descubrieron Alzheimer. No sabe cómo va a hacer para decirle a su mamá. ¿Cómo le explicas a tu mamá, que su marido no la va a conocer nunca más?

Esteban no conoció nunca a nadie con Alzheimer. Pero si escucho. Como escuchan todos, de lejos. Esteban sigue llorando. Yo no puedo parar de pensar en Esteban y en su papá, que se debe llamar Roberto. Y en Norma su mamá. Hoy Esteban seguro llame a la escuela N°11 y se tome un par de días, se le cruza que es cierre de trimestre y le faltan notas para cerrarles a los chicos de 5to c. Mañana por ahí puede ir a tomarse licencia por familia. Quizá también averigüe algún geriátrico por la zona, pero sabe que su mamá no va a querer. Siempre pensó que su papá iba a vivir hasta viejo y que iba a poder llevarlo a conocer la Rioja como siempre le había prometido. Pero no. Porque su papá iba a vivir hasta viejo pero con Alzheimer y vivir con Alzheimer no es vida. Me di cuenta que pensaba en Esteban cuando se abrieron las puertas. Mire mi reloj: 8.52. Caballito. Me había perdido Flores. Y había llegado a mi destino. Me pare apurada y baje. Pensé en Esteban. Y en Roberto, en Norma. Y en el Alzheimer. Yo sabía mucho de eso, pero no me acordaba. Camine. Crucé el andén. Pase la sube. Mire el reloj:

8.56. Espere. A las nueve me subí al tren. Mire mi reloj: todavía faltaban 56 minutos para llegar a Morón.

Índice

Ariadna Lencina / Página 13

Camila Cuesta / Página 19

Elsa Labos / Página 31

Karina Frican Rañinqueo / Página 41

Luciana Berardi / Página 49

Marina Cortez / Página 61

Miriel Cascallares / Página 73

Muriel Keifman / Página 77

Algunos de los textos aquí reunidos fueron producidos en el marco de las clases individuales del Club de Lectura y Escritura realizado durante el año 2020. Si tenés intenciones de comunicarte con lxs escritorxs, si querés hacer uso de alguno de los textos por el motivo que fuere, te proponemos que le escribas a Federico L. Baggini (fedebaggini@hotmail.com), coordinador de los espacios, quién podrá ponerte en contacto con quien desees.

Este libro fue elaborado e impreso de forma cooperativa, colectiva, comunitaria y autogestiva.

Creemos en el contenido intelectual, no en la marca comercial.

Este libro
se terminó de imprimir
en la provincia de Buenos Aires,
durante 2020.